APARECE
TODOS LOS
LUNES.
—
SUSCRICION:
10 pesos
por mes
ANTICIPADOS.

EL MONITOR DE LA CAMPAÑA.

OFICINA DE LA
REDACCION:
PLAZA
DE LA
"CONCORDIA".
Editor i
Administrador:
MANUEL CRUZ.

PUBLICA GRATUITAMENTE TODO
ASUNTO DE INTERES GENERAL.

ORGANO DE LOS INTERESES RURALES.

SE RECIBEN AVISOS HASTA
EL VIERNES A LA TARDE.

EL MONITOR DE LA CAMPANA

E. DE LA CRUZ, 8 DE ABRIL DE 1872.

La pena de muerte.

Hemos querido dejar apaciguarse la indignacion pública sublevada por la última serie de crímenes, sin precedente en ningun pais si se tiene en cuenta la cifra de nuestra poblacion, que ha hecho tan tristemente célebre el primer trimestre del presente año; hemos querido tambien dejar calmarse la emocion producida por la ejecucion de Pedro Luro antes de hablar de la pena de muerte, cuestion que deseabamos tratar fria é imparcialmente, como lo requiere su gravedad.

Dos son los puntos principales que contestan los adversarios de la pena de muerte: El derecho de aplicarla y su eficacia.

Sostenemos que la sociedad tendrá el derecho de matar al homicida mientras el hombre de bien tenga derecho de matar al asesino que lo acomete; porque la sociedad no puede tener menos derecho que uno de sus miembros.

Se objeta que la sociedad, mas poderosa que el individuo, puede poner el criminal en la imposibilidad de perjudicar y que a eso se limita su derecho. Esa objecion podria quizas tener algun valor entre las naciones que han organizado un sistema completo de penitenciarías, de presidios, de puntos de deportacion del otro lado del Océano; y, así mismo, sostenemos que esas naciones— a las cuales nadie contesta el derecho de

hacer matar miles de valientes en una guerra mas ó menos justa—tienen el derecho, cuando lo juzgan conveniente para su seguridad, de aplicar la ley del talion a algunos bandidos que derraman alevosamente la sangre de sus semejantes; pero, en todo caso, esa objecion no tiene ningun valor en nuestro pais que tiene la policia, la administracion de justicia y la cárcel que todos conocemos.

Los filántropos llorones que han subido a la escena entre nosotros, van unos quince años, con su pañuelo y su fraseología hueca, que tiene sin embargo el don de impresionar los nervios de las Señoras, no han hecho nada desde entonces para levantar penitenciarías con el fin de poner los criminales en lugar seguro, y sin embargo cada vez que la conciencia pública indignada pide que la ley se cumpla, los vemos aparecer de nuevo hablando de humanidad sobre la tumba de las victimas.

A fines de 1856 un monstruo con cara de mujer lucita un chino a matar su marido y lleva sus hijos, pequeños todavía, del otro lado del palomar para que no oyesen los gritos de su padre sucumbiendo bajo el punal de su capataz. Al día siguiente la sirvienta le lleva el mate a la cama y la encuentra acostada con el asesino de su esposo! La justicia siguió su curso y la ley iba a mandar esa bandida a comparecer delante la justicia Divina, la sola que podía perdonarla, cuando los filántropos llorones, y probablemente entre ellos algunas de esas organizaciones pa-

ra las cuales todo es ése—a para enseñarse al público, promueven una peticion entre las Señoras y le salvan la vida.

Muchas respetables Señoras tuvieron la desgracia de contribuir a ese resultado: el asunto fué estrepitoso y, con algunos otros analogos que tuvieron lugar en la misma época, ha dado los frutos que conocemos: desde entonces se ha derramado entre nosotros la sangre humana como el agua de las fuentes, y nuestro pobre pais va adquiriendo la fama que ha inmortalizado el monte de Bondy.

Se alegó entonces que la cultura de Buenos Aires no podía admitir ya que las balas despedazasen el seno que alimenta la humanidad, y otros raciocinios de la misma fuerza. . . . La cultura cuando se trata de la ejecucion de las leyes! . . . De leyes que reinan en Paris y en Londres, y reinaban en Roma y en Atenas! . . . ¡Y como si todos esos argumentos de padre, madre, hermanos, hijos no se aplican con mil veces mas razon a las victimas que a las fieras que las inmolaron? Para quien no tiene el sentido moral completamente atrofiado el axioma siguiente es incontestable: el pais mas culto no es el que ejecuta menos asesinatos, sino aquel a donde se perpetran menos asesinatos.

Lo confesamos, nuestra organizacion es diferente: reconocemos a los criminales sus imprescindibles derechos de hombres; pedimos para ellos la ejecucion de la ley sin pasion, sin ira, sin venganza, pero sin sensibilidad llorona,

sin la intervencion de los llantos de las Señoras: la ley austera, fria é inflexible. La suerte de las victimas ha agotado nuestra sensibilidad cuando viene la hora de juzgar los verdugos; para ellos no nos que la mas que justicia en el alma, y no tienen derecho a pedir mas.

Para nosotros en el drama de Fiorini, el personaje que lleva toda nuestra simpatia, es el padre de familia sorprendido por su capataz que le hunde su daga por órden de su esposa, de la madre de sus hijos!

En el drama del Baradero los que llevan toda nuestra compasion, todas nuestras lágrimas, es el desgraciado Diaz defendiendo su familia con una piedra quebrada; su esposa, embarazada, degollada en medio de sus hijos; los infelices niños acudiendo a pedir proteccion a Troncoso, que conocian, y cayendo uno tras otro bajo el cuchillo del bandido!

En el drama de Gonzalez es el infortunado patron recibiendo bajo su techo a su antiguo dependiente y recordándose a media noche en la eternidad, bajo el punal del que habia admitido en su propia canal!

Cada uno escoge sus héroes segun su organizacion. —No simpatiza con los asesinos quien quiere.

Para poner mas de relieve lo equivocado, lo absurdo, de esa filantropía llorona que olvida las victimas para floriquear sobre los verdugos, cuando se les aplica las disposiciones del contrato social, citaremos dos hechos que han tenu-

CAPÍTULO II.

Todos los dias eran para estas familias dias de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambicion no los atormentaban. No deseaban una vana reputacion exterior que da la intriga, y quita la calma; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla, donde (como en todas las colonias europeas) solo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes, y aun sus nombres, eran ignorados y desconocidos. Solamente, cuando algun pasajero preguntaba, desde el camino de las Pamplenas, a los habitantes del llano:

«¿Quien vive en aquellas dos cosas que estan allá en lo alto?» Estos respondian sin conocerlas: Son unas buenas gentes.» A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exhalan a lo lejos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion que, so color de justicia, dispone necesariamente el corazon a la disimulacion o al aborrecimiento; porque es poco menos que imposible dejar de aborrecer a los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con fat-

sas apariencias de benevolencia. De ahí es que la maledicencia nos obliga a estar mal con nuestros semejantes, o con nosotros mismos.

Pero madama de La Tour y su compañera, sin juzgar a los hombres en particular solo se ocupan en buscar los medios de hacer bien a todos en general, y aunque esto no estaba en su mano, tenia a lo menos una voluntad constante de hacer bien, que les inspira una benevolencia dispuesta siempre a estenderse a todos. Por consiguiente, viviendo en la soledad, lejos de ser feroces e intratables, se hicieron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia a su conversacion, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban, con respeto y reconocimiento, el poder de una Providencia, cuya mano habia derramado en medio de la aridez de estas penínsulas, la abundancia, las gracias y los placeres siempre puros y siempre renovables.

Pablo a la edad de doce años, mas robusto y mas inteligente que los otros niños de la de quince, buscaba con sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él a las ve-

cinco montes a desarraigar al tierno limonero, al naranjo, al tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y al atero cuya fruta, llena de una sustancia azucarada, despide de si la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles ya crecidos al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año, llevan flores o frutos, como el agatio, al rededor del cual penden en figura circular, a manera de colgante de araña de cristal, largos racimos de flores blancas, el hilo de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas a las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangos, guayabos, paltos, jaceros y jamberos, de los cuales la mayor parte daban ya sombra y fruta a su joven año, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parajes menos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloe, la raqueta cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los

FOLLETIN.

PABLO Y VIRGINIA.

por
BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

todo el desayuno de la familia, porque la pobrecita estaba cayéndose muerta de hambre; y estos negros reconocidos, nos han traído en hombros hasta aquí.»

Madama de La Tour abrazó a su hija sin poder articular palabra; y Virginia, que sentía humedecerse sus mejillas con las lágrimas que corrían por las de su madre, le dijo: «Vos me indemnizais con exceso, madre mía, de los trabajos que hoy he pasado.»

Margarita enajenada de gozo, estrechaba a Pablo entre sus brazos, y le decía: «¿Y tu tambien, hijo mío, has hecho una buena accion.» Luego que llegaron con sus hijos a casa, dieron bien de comer a la negros, los cuales se volvieron a las selvas, deseándoles toda suerte de prosperidad.